

Rubén Amón

MORANTE,

punto y
aparte




ESPASA

RUBÉN AMÓN

MORANTE, PUNTO Y APARTE



© Rubén Amón Delgado, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Primera edición: noviembre, 2025

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de cubierta: © Aníbal González

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L

ISBN: 978-84-670-7968-5
Depósito legal: B. 18.346-2025

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Impreso en España / *Printed in Spain*



Índice

PRÓLOGO. Somos testigos	13
1. La revolución de 2025	19
2. De la oscuridad a la luz	57
3. La encrucijada política	93
4. El personaje y la anomalía mediática	131
5. Morante de la Puebla... y de los pueblos	167
6. ¿El mejor torero que vieron los tiempos?	203
7. Morante, ¿punto y final?	249
AGRADECIMIENTO	291

1

La revolución de 2025

Habrà que llamarlo síndrome de Morante. No por la patología psiquiàtrica que padece o padezca el maestro, sino por la locura que provoca entre los aficionados. Perdemos los papeles y perdemos la voz. Y nos sobreexpone a una intensidad, a un abismo estético que provoca una conmoción y un estado de *shock* de evidentes connotaciones patológicas.

Habrà que llamarlo síndrome de Morante porque las faenas del maestro en su plenitud te aplastan y descoyuntan. Es un problema de enajenación. Stendhal dio nombre a la «enfermedad del placer estético». Morante te araña el cuerpo y el alma con sus mulatazos. Y te descompone los sentidos cada vez que temple las muñecas ofreciendo las verónicas al santo Dios.

Han tenido que transcurrir veintiocho años de alternativa para identificar a Morante atravesando la Puerta Grande de Madrid. Y cruzar el umbral de la gloria mientras anohecía en Madrid aquel 8 de junio de 2025. La oscuridad se confundía con el profundo azul de su vestido. Y sonreía Morante mientras levitaba, izado como un misterio hedonista. Cuánto placer. Y qué sobredosis.

Podíamos habernos ido a casa después de la faena sublime al primer ejemplar de Juan Pedro Domecq. Y tengo

amigos que lo hicieron, diciéndose que Morante nos había secuestrado en la exuberancia y el sentimiento. Y que no puede sufrirse de tanto gozar. A casa, pues. Que no podemos más.

Y no hubiera sido mala idea si no fuera porque solo Morante puede superarse a sí mismo. E inventarse no ya una faena, sino un toro. El cuarto de la tarde estaba desahuciado por su flojera y por los reventadores del tendido 7, pero sobrevino entonces el milagro de unos rechazos más profundos que las obras del Metro y unos naturales de escandalosa pureza e inspiración.

Contarlos sobre el papel es una manera de ofenderlos, pero tampoco podría recitarse porque se ha impuesto la afonía. Y porque se notaba uno convaleciente, igual que los colegas de la cuadrilla morantista. Nos deja jodidos el síndrome de Morante. Nos provoca temblores. Y dan ganas de meterse en la cama, reponerse de la experiencia.

La otra opción es emborracharse, aunque los muletazos de Morante, la gracia de sus chicuelinas, la belleza del trincerazo, derivan la experiencia vicaria a una extraña embriaguez. No hemos visto nada igual, nos decimos, pero dijimos lo mismo en Salamanca o en Estepona porque Morante tiene las zapatillas enterradas en la tierra y lo que no tiene es techo.

Por esa razón huelga hablar de sus faenas en términos convencionales, intoxicarlas de prosaísmo. Morante es ya una tradición oral, un mito en carne viva, un torero para la historia y para la histeria. Y nos decimos, cáliz en mano, que somos unos privilegiados. Porque tenemos la leyenda bullendo delante de nosotros, abrumándonos con su torería y con su puta genialidad.

Habrà que llamarlo síndrome de Morante porque este tipo nos deja mal cuerpo después de conducirnos al éxta-

sis. Y porque su tauromaquia de pasmo y de asombro provoca después una crisis nihilista. Y no hay otra terapia que hablar de la faena —de las faenas— como quien participa en una terapia de grupo. Diagnóstico: morantistas somos. Qué locura.

Se echaron al ruedo los chavales para conducirlo en volandas. Y lo condujeron desde la idolatría con los móviles en ristre como si fueran candelabros. Y le gritaban «Torero, torero» en un «paseíllo» sublime y multitudinario, como si la tauromaquia pudiera celebrar a su dios más corrosivo y vanguardista. Y quisieron llevarlo hasta el hotel, atravesando Madrid en una suerte de peregrinación berlanguesca. No se lo permitió la Policía Nacional, aunque el «paso» alcanzó cuesta arriba la plaza de Manuel Becerra.

La euforia se trasladó a los alrededores del hotel Wellington. Vino a saberse que Morante allí se había vestido y allí somatizaba el triunfo de la Puerta Grande. Tantos muchachos —y muchachas— se concitaron en la calle Velázquez que el maestro se asomó en el balcón de la *suite* para corresponder los clamores. Llevaba puesto un batín. Y se dirigió a la muchedumbre con gestos de agradecimiento y de absolución. Igual que un sumo pontífice.

El año 2025 quedará inscrito en la memoria taurina como una anomalía y como un desenlace. Anomalía porque no parecía concebible que en plena decadencia de la tauromaquia —acosada por la hostilidad social, por la asfixia política, por la incomprensión ecologista— pudiera irrumpir un torero que ha hecho de su arte una bandera y de su personalidad una trinchera. Y desenlace porque todo lo que Morante de la Puebla venía ensayando durante un cuarto de siglo ha estallado en un año que ha sublimado su condición de artista y consumado su condición de

fenómeno social. Morante ha pasado de ser un torero de culto, venerado por minorías fervorosas, a convertirse en un símbolo transversal, capaz de arrastrar a los jóvenes, de seducir a los descreídos, de infiltrarse en territorios donde la tauromaquia parecía clausurada cuando no pros-crita.

Resulta revelador que este apogeo se produzca en la época de mayor hostilidad conocida. Nunca antes habían coincidido tantas campañas en contra de la Fiesta: desde la prohibición militante en comunidades enteras hasta la asfixia económica que imponen los ayuntamientos; desde la caricatura mediática que reduce la tauromaquia a un vestigio arcaico hasta la censura de facto en plataformas, organismos, anunciantes e instituciones.

En ese clima adverso, el estallido de Morante adquiere una dimensión heroica: no solo porque ha resistido al cerco, sino porque ha revertido la lógica del acoso y la ha transformado en seducción. Lo que se suponía un arte condenado a la irrelevancia se ha convertido, de su mano, en acontecimiento. Y lo que se imaginaba un anacronismo ha vuelto a ser vanguardia y transgresión.

¿Cómo se explica este prodigio? En parte, por la singularidad irrepetible de Morante. A diferencia de las figuras históricas que se identifican con un modelo cerrado —Joselito, Belmonte, Manolete, Ordóñez, Camino—, José Antonio no es una copia ni una fórmula. Es una síntesis. Ha recogido la profundidad rondeña, el vuelo sevillano, la bohemia de Antoñete, la heterodoxia de Paula, y lo ha conjugado en un estilo que pertenece solo a él.

Lo más difícil en un arte tan codificado como el toreo consiste en la originalidad misma, y Morante la ha adquirido reinventando la tradición y desbordándola. Nunca parece copiar: siempre parece crear. Cada muletazo suyo

convoca la memoria de lo que ha existido y al mismo tiempo inaugura lo que nunca había existido anteriormente.

Se diría que Morante torea contra la estadística. La historia del toreo está llena de grandes figuras cuyo prestigio se midió en números: orejas, puertas grandes, tardes de regularidad. Pero en su caso la medida es otra. Lo suyo no se cuenta, se recuerda. No interesa tanto cuántos triunfos haya acumulado como cuántas veces ha detenido el tiempo. La memoria morantista se edifica sobre epifanías: aquella verónica que parecía un cuadro de Zuloaga, aquel natural que contenía toda la hondura de la escuela rondaña, aquel desplante que fue un desafío al tedio de la época.

En una sociedad obsesionada con la acumulación, con el rendimiento y con el balance, con la uniformidad, Morante ha impuesto la lógica de la excepción. No se espera de él que siempre esté bien; se espera que, cuando aparezca la inspiración, convierta la tarde en un acontecimiento irrepetible.

Tal vez por eso ha conectado con la juventud como no lo había hecho ningún torero en décadas. El morantismo ha sobrepasado el umbral de una secta de eruditos para convertirse en una corriente adolescente. Jóvenes que jamás habían asistido a una corrida se reconocen en él porque intuyen la autenticidad y el misterio. Su figura circula por las redes sociales, se imprime en las camisetas, se filtra en memes, aparece en *playlists* y hasta ha rebrotado en los álbumes de cromos que coleccionan los escolares.

El bohemio anacrónico ha terminado por convertirse en icono contemporáneo, precisamente porque no finge, porque no fabrica una imagen, porque su rareza es verdadera. Saturados como estamos de imposturas, Morante representa la autenticidad desnuda. Su personalidad, que parecía extravagancia, hoy funciona como un refugio esté-

tico frente a la vulgaridad global. Y ese refugio se ha transformado en un lenguaje compartido: el de los jóvenes que buscan algo distinto, irrepetible, ajeno a la estadística, más allá de la vertiente política que refuta el prohibicionismo, el paternalismo, el intrusismo liberticida de Pedro Sánchez.

Lo verdaderamente insólito del fenómeno Morante en 2025 no es solo su irrupción artística, sino la manera en que ha fracturado el cerco político y social que rodea a la tauromaquia. Nunca antes un torero había combatido semejante hostilidad institucional. La presión de los parlamentos autonómicos, la asfixia municipal, la caricatura mediática habían convertido la lidia en un campo minado.

Y sin embargo, en ese clima adverso, Morante no se ha limitado a resistir: ha convertido fidelidad a sí mismo en victoria. No ha pedido clemencia ni ha pactado rendiciones. Ha irrumpido en los pueblos pequeños donde nadie lo esperaba, ha sembrado plazas improbables de fervor, ha devuelto la tauromaquia a lugares donde parecía extinguida. Su estrategia ha sido la contraria a la de los políticos: mientras ellos levantaban muros, él abría caminos.

Ese itinerario popular explica buena parte de su estallido. Morante no se ha refugiado únicamente en los escenarios de prestigio, ni ha blindado su carrera en los cosos monumentales. Al contrario: se ha multiplicado en carteles menores, se ha ofrecido en ferias periféricas, ha desafiado la comodidad de las grandes capitales para aproximarse a la gente. Su figura aparece en plazas de tercera y de cuarta como si fueran catedrales, y esa proximidad lo ha reconciliado con la idea de torero del pueblo. En 2025, cuando los toros parecían arrinconados, Morante ha dado la batalla en la trinchera más exquisita y en la más humilde. Y ha ganado.

La paradoja es que esta conquista popular se ha producido al mismo tiempo que la persecución cultural. El mismo torero que era denostado en editoriales y tertulias de impostura progresista se convertía en icono para adolescentes y veinteañeros que llenaban su Instagram de verónicas, que tatuaban su firma en la piel, que encontraban en él un refugio frente a la homogeneidad del presente. Se había decretado la muerte civil de la tauromaquia, y Morante respondió con la resurrección popular.

En la intimidad, la biografía de Morante no se parece a la de un héroe clásico. Está hecha de quiebras, de huidas, de depresiones. Es la vida de un artista que ha tanteado la fuga tantas veces como la consagración. Morante ha desaparecido sin avisar, ha roto contratos de un día para otro, ha dejado plantadas ferias enteras, ha preferido la sombra de su casa en La Puebla al resplandor de la plaza. Esas ausencias, que parecerían caprichos o traiciones, forman parte inseparable de su mito. Porque no son estrategias: son confesiones. Cada retirada revelaba la imposibilidad de sostenerse en un mundo que le exige continuidad cuando él sólo puede ofrecer inspiración. Cada silencio era la manifestación de un artista incapaz de convivir con la rutina.

En esos intermedios de vacío se ha forjado la leyenda íntima de Morante. Un torero que llora antes de vestirse de luces, que siente la depresión como una forma de agotamiento del alma, que ha pensado más de una vez en no volver. Y, sin embargo, vuelve. Vuelve porque el toreo no es para él una profesión, sino una vocación, un misterio y una condena. Como decía Belmonte, se trata de una enfermedad incurable. Y Morante la padece con todas sus consecuencias: con la exaltación de la inspiración, pero también con la devastación de la angustia. El espectador que lo

aclama rara vez imagina el precio personal de esa entrega, la soledad que le aguarda después, el vacío de hotel, la fatiga de ser un mito.

Ese vaivén entre la luz y la sombra ha ido modelando su personaje público. No hay estrategia en su rareza: hay verdad. Y quizá esa sea la clave de por qué se ha convertido en mito en 2025. El público percibe que Morante no representa un papel, que no fabrica una identidad. Su bohemia, su indisciplina, sus contradicciones y hasta sus imperfecciones no responden a una construcción calculada. No tiene redes sociales, ni estrategia mediática, ni planificación elaborada.

Su luz y su oscuridad son la manifestación de un hombre que se expone con todas sus fisuras. Y esas fisuras, lejos de debilitarlo, lo han engrandecido. Porque hacen de él un artista humano, «demasiado humano», cuya grandeza no oculta su fragilidad, sino que se alimenta de ella.

Conviene recordar que este estallido no surgió de la nada. Apenas dos años antes, en 2023, Morante había cortado un rabo en Sevilla. Aquel trofeo, reservado a los elegidos, parecía confirmar que había tocado la cima de su carrera. La Maestranza se rindió a su magisterio y la crítica lo consagró como potencia hegemónica. Parecía el momento culminante, la estación definitiva. Sin embargo, ese triunfo resultó ser apenas un preludio. La verdadera cima aún estaba por llegar. Y lo más sorprendente es que lo hizo después de un gesto de vulnerabilidad: la confesión pública de su enfermedad mental.

Morante habló de lo que siempre había ocultado: de la depresión, de la angustia, de los fantasmas que lo acompañaban, de su patología disociativa. Habitado el mundo de los toros a los silencios y a las máscaras como reflejo de la virilidad inmovible, el desnudamiento fue insólito. Y lejos de

debilitarlo, lo engrandeció. La confesión actuó como catarsis, como liberación. El torero que había tocado el cielo en 2023 regresó en 2025 con una fuerza renovada, como si al exponer su fragilidad hubiera hallado la clave de su plenitud.

Lo que vino después fue una temporada prodigiosa, la mejor de su vida. Por primera vez abrió la Puerta Grande de Madrid, santuario donde nunca antes había triunfado de manera rotunda. También conquistó la de Pamplona, plaza de fiera, pantagruelismo y alboroto que se rindió al cante jondo.

La revelación sobrevino en el trance de la merienda el 9 de julio de 2025, como si la eucaristía —el cuerpo, la sangre— predispusiera la comunión del profeta y la feligresía. No es fácil reclamar la atención de los tendidos de sol cuando intervienen el pacharán y las magras con tomate, pero ya sabemos que Morante es también el dios de la ebriedad, la mayor expresión dionisiaca de la tauromaquia, el sesgo irracional e instintivo.

Su faena al deslucido ejemplar de Álvaro Núñez fue un acto de fe y un ejercicio de convicción. Razones había para desistir y para abreviar, pero la racha milagrosa de Morante se identificaba también en las proezas imposibles. Impresionaban la confianza y la autoridad con que se desenvuelve el monstruo sevillano, tanto para disuadir al toro de su mansedumbre como para involucrar a los espectadores que habían dado la espalda al ruedo.

Es la costumbre del «toro del bocadillo», la pausa que se conceden los peñistas en el meridiano hedonista de la corrida. Dejan de sonar las charangas y se conviene una tregua neroniana cuya ferocidad perjudica la atención hacia el torero..., a no ser que el torero sea Morante.

Y Morante hizo acopio de su valor y de su estética. Parecía inverosímil cuajar al incierto toraco, pero los mu-

letazos de dominio y desengaño fueron derivando la faena al aplomo y la belleza. Surgieron entonces rechazos y naturales inverosímiles. Y recurrió Morante a unas sevillanísimas giraldillas que anestesiaron al animal antes de consumarse el espadazo letal.

Se antojaba necesario seguirlo allí donde fuera, apuntarse al *Morantour* con la sensación de estar experimentando una insólita «rutina» de asombros y maravillas. Y no es que Morante sea el mejor torero que hemos visto —y que veremos—, sino que parece superior a sí mismo cada vez que aparece en el ruedo. Lo saben los compañeros de escalafón. Y lo padecen. El problema de anunciarse con Morante consiste en el siniestro juego de las comparaciones.

No cabe una tauromaquia más «pamplonesa» que la de Roca Rey en sus nociones de espectáculo, testosterona y pirotecnia, pero la devoción al morantismo relativiza los méritos de sus compañeros de cartel. Se desdibujan como funcionarios. Y se desempeñan como monaguillos.

Reflexionaba al respecto Miguel Indurain en una conversación que mantuvimos a media noche. Le había sorprendido que los morantistas citados en Pamplona se hubieran marchado de la plaza cumplida la lidia del cuarto toro. Como si fuera irrelevante todo lo que pudiera suceder. Y como si la noticia del triunfo adyacente de Tomás Rufo resultara una anécdota irrelevante.

Es una manera de explicar el fundamentalismo y el fanatismo que identifica la gira de los prodigios. De otro modo, no se hubieran pagado 3.000 euros por una entrada de sombra. Ni se hubiera homologado un himno que se repite en las plazas con el eco de los estadios: «Jo-sé-Antonio... Morante de la Puebla».

Se lo cantaron al maestro en las vueltas al ruedo triunfales igual que antes había resonado con extraordinaria

elocuencia el himno antisanchista: «Pedro Sánchez, hijo de puta; Pedro Sánchez, hijo de puta».

Ha sido Pamplona una plaza bastante proclive a las manifestaciones políticas, pero normalmente para significar la adhesión a las corrientes y sensibilidades *indepeabertzales*. La novedad de los sanfermines de 2025 consistió en que los tendidos de sol prorrumpieron de manera rotunda contra el líder socialista.

Y no porque Sánchez importune el orden taurino —que también—, sino porque la bronca encierra una transfusión simbólica: la plaza como ágora, el tendido como tribuna, la bronca como plebiscito espontáneo. Entre faena y faena, el graderío se transforma en hemicíclo, y el clamor político deviene arte de la injuria. Acaso Morante haya terminado indultando al presidente por la vía indirecta: ni el fervor ni la ira tienen tiempo para repartirse cuando el centro de gravedad es el torero y no el Gobierno. De ahí que la tarde del 9J no se midiera en orejas, ni en tercios, ni en pañuelos. Se midió en pulsaciones. En la fiebre colectiva de una ciudad que se entrega al rito pagano con el mismo fervor con que se encomienda a san Fermín.

Y en ese tablero de pasiones cruzadas —nacionalismo, eucaristía, panceta, pitón y política— emergió Morante como un chamán inasequible a la contaminación. No compareció como un profesional de la lidia, sino como un torero iluminado dispuesto a convertir la vulgaridad en oro, el despojo en reliquia, la apatía en misterio. Por eso, cuando se abrió la Puerta Grande y lo cargaron a hombros entre claveles, pancartas y chistorra, no era solo el triunfo de una tarde. Era la consagración de una temporada sobrenatural que no podíamos perdernos.

El dios de los alamares asiste a sus propios milagros con naturalidad y bonhomía. Había declarado a la prensa

local que se quedaría de juerga en Pamplona hasta el «Pobre de mí» si conseguía abrir la Puerta Grande, pero se le vio de madrugada en una mesita del restaurante La Olla, apurando una copa de vino y un plato de jamón. Vestía un traje blanco, como el papa de una película de Sorrentino. Como el sumo pontífice del escalafón.

La insolente regularidad con que ha toreado en 2025 desconcertó incluso a sus más devotos. El artista de las discontinuidades, el genio de las tardes aisladas, se transformó en torero continuo, clarividente, capaz de encadenar faenas memorables como quien escribe un tratado completo en capítulos sucesivos. Una rutina del éxtasis, una pandemia estética.

Y un sobresalto en Pontevedra¹ que venía a demostrar el valor con que Morante había atravesado todas las líneas rojas con su tauromaquia de poder y de peligro. Cayó gravemente herido en la lidia del primer ejemplar de Garci-grande. El cuerpo que había soportado años de fatiga y merma se quebró de manera violenta, recordando a todos la fragilidad de su proeza.

Dos trayectorias en el muslo, la carne abierta. Y la confirmación de cuanto los más allegados a su temporada sospechábamos. No por sabiduría, sino por la displicencia y el abandono con que Morante pisaba los terrenos y se dejaba husmear la taleguilla. No es que el maestro quisiera que le cogiera el toro, pero parecía darle igual. De hecho, la sangría de Pontevedra sobrevino después de haber recibido toda suerte de volteretas en Móstoles, Palma de Mallorca, El Puerto de Santa María y Marbella, el 8 de agosto.

¹ Morante de la Puebla resultó herido de gravedad el 10 de agosto de 2025 mientras faenaba con el primero de la tarde.

Morante «jugaba» delante de los toros sin miedo a las represalias, como si fuera capaz de ejercer sobre ellos el mismo grado de imantación que provoca en los espectadores. Morante se entregaba, incluso parecía inmolarse. Tanto se arrojaba, tanto se asomaba al abismo, que adquirirían sentido las comparaciones con José Tomás en la dimensión del samurái y hasta del *seppuku*, aunque la entrega del maestro sevillano no subordina la importancia de la estética. Morante se ofrece en la integridad e integrismo de su tauromaquia. El arte y el valor, la pureza y la sensibilidad. Se pasa muy cerca los toros. Tan cerca que lo terminan cogiendo, como sucedió aquella cálida noche del viernes en Marbella.

El ejemplar de Justo Hernández lidiado en cuarto lugar le propinó una paliza en la arena, pero Morante se sobrepuso sin agitaciones. La brecha en la cara identificaba el sobresalto. Y a punto estuvo de desmayarse, pero la congoja de los tendidos y su aspecto de eccehomo encontraron como respuesta una serie de muletazos arrebatadora sobre la mano derecha.

Crujían los espectadores marbellíes. Sobrevino el trance extremo de la entrega. Por eso le recompensaron con el premio de los máximos trofeos. Exagerados o no, a Morante se le devolvió la moneda de su propia generosidad. Y no lo sacaron a hombros porque los facultativos le recomendaron reposo.

El problema de cada «morantazo» es que desaliña el interés de todo lo que sucede a su vera. Se anunciaban en Marbella los favoritos a la sucesión pontificia, pero la tauromaquia extrema de Morante relativizó la exquisitez y el temple de Juan Ortega y de Pablo Aguado. Ambos demostraron sentido de la estética y de la torería. Y los dos se resignaron a la dimensión contemplativa.

Morante atraviesa las líneas rojas como si estuviera en un videojuego. Y engendra una devoción que el público marbellí pudo exteriorizar encendiendo un cirio a las diez de la noche. Se trataba de escenificar la llamada corrida de los candiles, pero la idolatría que se le profesa a Morante concedió a la ceremonia una suerte de orientación particular. Parecía que estábamos invocando la luna llena. Y que el lenguaje remoto y arcaico del fuego convocaba a la deidad morantista en los pliegues de una noche calurosa y de revelación.

Bien los experimentaron unos turistas kuwaitíes que se habían sentado debajo de mi localidad y que jalearon la faena como si hubieran nacido en Triana. Ignoro sus códigos de comprensión y de entendimiento de la tauromaquia, pero la reacción visceral y dionisiaca a los mulatazos de mayor enjundia y exuberancia demuestra que Morante oficia un lenguaje universal, como si estos espectadores del Golfo Pérsico hubieran «aprehendido» la verdad y la pasión con que se desenvuelve el maestro de La Puebla.

Morante iza el capote como quien levanta una bandera. No es ya un instrumento de lidia: es el estandarte de una campaña que avanza plaza a plaza, tendido a tendido, devolviendo a la tauromaquia territorios arrebatados y públicos que parecían exiliados.

El diezmo de la sangre tenía que presentarse. Y era no ya comprensible sino inevitable que un toro decidiera cobrarse la hegemonía del matador, pero la cornada de Ponteviedra y el largo periodo de convalecencia tampoco interrumpieron el relato de su temporada. Al contrario: lo subrayaron. El artista que había expuesto su mente quebrada en público sufrió ahora la herida física que completaba el símbolo. Vulnerabilidad y grandeza se fundieron en la misma biografía. Y esa fusión explica por qué 2025 no fue solo un año triunfal, sino un año de resurrección.

En ese terreno de lo íntimo aparece también su devoción por Salvador Dalí. Morante no lo cita como un capricho, sino como una brújula estética y vital. En Dalí encuentra la coartada para la extravagancia, la legitimidad del exceso, la libertad de ser contradictorio. La tauromaquia de Morante es daliniana porque juega con lo onírico y con lo racional, porque combina lo solemne y lo paródico, porque en un mismo gesto puede convocar la liturgia más sagrada y el guiño más irreverente.

Como Dalí, Morante ha hecho de su rareza un método, de su exceso una disciplina, de su fidelidad al inconsciente una estrategia artística. El espectador que lo contempla torear adquiere la misma sensación que ante un lienzo de Port Lligat: no sabe si está frente a una alucinación o frente a una verdad. Y precisamente en esa duda se cifra la fascinación.

Recuerdo con claridad que Fernando Arrabal había citado a Morante de la Puebla en su casa de París a las 11:11 horas el undécimo mes de 2009. No se atuvo a la consigna el maestro sevillano. Apareció con once minutos y once segundos de adelanto a la convocatoria, aunque el anfitrión ya tenía preparado entonces los agasajos de bienvenida: una botella de Burdeos y unos polvorones jurásicos decoraban el altar mayor del sátrapa patafísico.

Arrabal lo presidía como un sacerdote. Hasta el extremo de la mesa de la eucaristía en cuestión se apuntalaba bajo la imagen de un lienzo de la última cena. No ocupa Cristo la plaza central, sino el propio dramaturgo. Y lo custodian los doce apóstoles de la vanguardia. Incluidos Picasso, Ionesco, Kundera, Borges, Beckett y Salvador Dalí, santo de la devoción de Morante, como dio prueba la visita surrealista —en sentido literal y hasta académico— al Centro Pompidou.

Antes, sin embargo, había que recogerse en la homilía de su eminencia. Que trataba del falo y del clítoris, entre otras peculiaridades anatómicas e iconográficas. De hecho, Arrabal invitaba a que Morante leyera en euskera y en voz alta el poema de una renuente felatriz. Se abstuvo el torero con elegancia y se ruborizaba su novia con discreción, aunque la escena no sobrepasaba la impertinencia ni el mal decoro.

Intervino al quite Diego Bardón, que fue muchas cosas —torero, actor— y siguió siendo después muchas otras —maratoniano, escritor, trovador—. Vino desde Sevilla con el maestro y se lo puso en suerte a Fernando Arrabal, cuya admiración hacia Morante de la Puebla proviene de la gracia, del duende, del misterio, tal como le explicaba en una conversación confidencial.

«Soy la reencarnación de Morante. Le robo y le plagio», exclamaba el anfitrión prolongando la sobreactuación. Después razonaba sus declaraciones. Relacionaba al torero con Gracián en cuanto a la esencialidad, y sostenía que el maestro no pega mulatazos ni capotazos, sino que hilvana haikus a compás.

El encuentro parisino los había acercado lo suficiente como para tutearse. Hasta ahora se trataban de usted, igual que sucedía entre Valle-Inclán y Juan Belmonte, pero la conversación o el monólogo arrabaliano o la recíproca intuición los iba aproximando.

La prueba está en que paseaban del brazo entre las salas del Centro Pompidou. Morante quería visitar las obras de Salvador Dalí y Arrabal lo complacía, no sin antes mostrarle y desglosarle las vacas sagradas de la vanguardia que se afincó y atribuló en París.

«Fíjate en la pretensión de imposibilidad de Giorgio de Chirico», le susurraba delante del retrato del pintor y

su madre. «Como puedes observar, Chagall era un místico». «Calder es la conciliación». «Picabia es el mejor de todos: qué locura de hombre».

Los curiosos comenzaban a interesarse y Arrabal se engallaba en presencia de los espectadores, porque su extravagancia se excita y se justifica en el aplauso. Reclamaba que se le hicieran fotos junto al torero y se motivaba junto al repertorio iconoclasta de Duchamp. Fruncía el ceño Morante delante del famoso urinario. Y se atrevía a darle vueltas a la rueda de la bicicleta que preside como un tótem la galería del artista francés, aunque la seguridad del museo parecía desentenderse de la trastada.

«Sí, pero ¿dónde está Dalí?», se inquietaba el matador. Arrabal lo conducía delante de *Guillermo Tell*, le explicaba los matices de la escatología y reconocía que el marqués de Púbol era un genio, un visionario, un sujeto emocionante. «A Dalí no le interesaba la pintura. Por eso ha sido el mejor pintor. Lo sacrificó todo por el surrealismo, mientras que Picasso lo sacrificó todo por la pintura», apostillaba el cicerone jadeante mientras a Morante se le ocurrían algunas preguntas.

Trataba de encontrarle un significado al título de *La vaca espectral* y Arrabal le explicaba que la obra en cuestión, concebida en 1928, responde al contexto de las sesiones de espiritismo. No está claro si la hipótesis convenció a Morante. Estaba claro en cambio que el torero se quedó en silencio, escrutando el cuadro con la fijeza y la devoción de un iluminado.

Taciturno, misterioso, excéntrico. Cualquiera de los adjetivos define y no define a Morante de la Puebla. De La Puebla del Río. Su hábitat y su refugio. Allí frecuenta a sus amigos, pone copas en su bar y se entrena boxeando contra nadie. Le gusta hacerlo porque advierte analogías entre

el *ring* y la arena. Tiene Morante una colección de gallos de pelea y caza los patos sin escopeta. Escribe, pinta y juega al fútbol emulando a Zidane. Que nació futbolista como él nació torero.

La correspondencia con Dalí no contradice las analogías con Camarón, que desbordó el flamenco para convertirse en fenómeno colectivo; con Leonard Cohen, que convirtió la fragilidad en arma estética; con David Bowie, que hizo de su rareza un lenguaje universal. No porque los imite, sino porque comparte con ellos la condición de artista inasible, capaz de fascinar incluso a quienes no comprenden el idioma en que se expresa.

Lo verdaderamente insólito de Morante en 2025 es la manera en que ha terminado convertido en una bandera contracultural. No lo buscó, no lo pidió, no lo diseñó en un gabinete de comunicación. Le sobrevino. Y quizá por eso resulta tan persuasivo. En un contexto en que la tauromaquia está cercada por el prohibicionismo y el paternalismo, por leyes que deciden qué debe conmover y qué no, por discursos que sustituyen a la experiencia, Morante aparece como una anomalía irreductible. El suyo no es un alegato en la tribuna ni un mitin en la plaza pública: es un natural largo y lento en la arena. Y esa es la mayor de las insolencias.

Hay algo profundamente subversivo en la irrupción morantinsta. Morante ofrece una experiencia irrepetible y presencial, que no se puede descargar ni reproducir. Allí —aquí— donde se pretende tutelar la emoción, él la desborda con la naturalidad de quien no conoce otra manera de estar en el mundo. Y en una sociedad que busca domesticar el riesgo, él lo encarna cada tarde. No hay discurso más provocador que ese.

Lo extraordinario es que Morante ha terminado asumiendo esa condición de manera consciente, como quien se

sabe portador de un peso mayor que el suyo. El artista intermitente, el bohemio que tantas veces sintió el peso abrumador de la seda y el oro, ha aceptado en 2025 el papel de sostener a la tauromaquia entera sobre sus hombros. No lo hace con grandilocuencia, ni siquiera con entusiasmo.

Lo hace con la resignación orgullosa de quien sabe que no hay alternativa. Si él no da la cara, ¿quién la da? Esa pregunta, tácita y lacerante, es la que explica que Morante haya multiplicado sus comparecencias en plazas sin nombre, que haya expuesto su fragilidad en público, que haya toreado como si en cada muletazo se ventilara la continuidad de un arte entero.

Trato de intentar hacer cosas diferentes durante tantas corridas. Un detalle aquí de una cosa, otro de otro. Es fácil caer en la monotonía, es lo más normal que le puede pasar a un torero. Que sepan tus faenas de memoria. Se va a poner aquí, va a hacer esto, lo otro..., mantener entre tantas corridas la regularidad y ese suspense de qué pasará y todo eso... Eso es lo que más me hace disfrutar. Es más, cuando hay una corrida en la que no pasa algo extraño, o algo raro, no me quedo satisfecho del todo, me gusta la variedad, la sorpresa, la intuición, la creatividad, y con tantos festejos a veces se queda uno diciendo: ¿Y ahora qué hago? Pero, por suerte, siguen saliendo cosas distintas. Ser capaz de hacer cosas que nunca había hecho y seguir sorprendiendo. Eso es lo más difícil cuando se torea tanto. Y para mí es lo que más valor le doy. Otros a lo mejor no le dan tanto valor, quieren la faena perfecta, la hacen un día, la hacen otro, otro, otro, las faenas perfectas, la estocada perfecta. Eso me aburre. Y ¿qué hago ahora? ¿Qué invento hoy?².

² Declaraciones a *La Gaceta* de Salamanca, 21 de septiembre de 2022.

Su misión no consiste en una cruzada; es un destino. Y esa diferencia es fundamental. Los cruzados se arman de consignas; los destinados se entregan a la fatalidad. Morante ha comprendido que no podía permitirse el lujo de desaparecer porque esta vez el silencio equivaldría a claudicación. El mismo hombre que confesó su enfermedad mental, que se mostró vulnerable y cansado, encontró en 2025 la fuerza para encarnar a la tauromaquia. No fue la exaltación lo que lo empujó, sino la necesidad, el instinto o el compromiso. Y esa es la raíz de su grandeza: que aceptó la carga como quien carga con una cruz.

Se diría que en 2025 la tauromaquia ha encontrado en Morante su último argumento. No en la política, no en las instituciones, no en los despachos. En un hombre que se viste de luces y que hace de cada tarde un manifiesto silencioso. El morantismo ya no es solo devoción estética: es también militancia cultural. Basta un mulatazo para desmentir a quienes daban la fiesta por muerta. Y en ese mulatazo late no solo la genialidad de un torero, sino la obstinación de una cultura que se niega a desaparecer.

Lo que Morante ha hecho en 2025 es aceptar el precio de esa obstinación. Ha dejado de ser únicamente un artista genial para convertirse en la conciencia visible de la tauromaquia. Y, como ocurre con todos los destinos, esa misión lo engrandece y lo consume. Porque cargar con la tauromaquia no es una metáfora: es un peso real, una condena y una gloria. La prueba está en que Morante toreó la temporada de su vida, abrió las puertas más reacias, alcanzó la regularidad más improbable y al mismo tiempo se derrumbó en Pontevedra herido de gravedad, como si el cuerpo se resintiera del exceso de responsabilidad. En esa herida se cifra también la verdad de su misión: la tauromaquia no se defiende desde un escaño, sino desde la carne abierta.

Y esa lección, que no cabe en estadísticas ni en balances, quedará como el verdadero legado de 2025: haber probado que el arte, incluso acosado, incluso prohibido, incluso tutelado, sigue siendo indomable.

Morante de la Puebla ha terminado convertido en el protagonista más inesperado de la guerra cultural española. Y lo ha hecho sin proponérselo, sin estrategia, sin discurso. De hecho, ahí reside la paradoja: no hay nada más elocuente en la España de 2025 que un torero bohemio convertido en bandera accidental contra el intervencionismo, contra la corrección política, contra los excesos de la cultura *woke*. La suya no es una insurgencia militante, sino un accidente histórico. Una revolución en busca de autor encontró de pronto en Morante su emblema.

La guerra contemporánea ya no se libra en trincheras de piedra ni en calles tomadas, sino en la administración de las emociones colectivas, en los códigos del lenguaje, en la legitimidad de las imágenes. Se trata de decidir qué puede decirse y qué debe callarse, qué puede emocionar y qué conviene despreciar. Ese campo de batalla invisible ha convertido la cultura en territorio de censura y sospecha. En ese clima de contrariedades, Morante no pide permiso, no se somete a los algoritmos de la corrección, que ejerce su libertad estética en un tiempo de hipervigilancia.

Su caso revela, sobre todo, un vacío. España carecía de un artista que pudiera encarnar el descontento difuso frente a la cultura tutelada. Los músicos masivos prefieren no incomodar, los escritores eluden el conflicto, los actores repiten consignas como si fueran eslóganes publicitarios. La industria cultural se ha vuelto dócil, disciplinada, servil a los intereses de mercado y a las sensibilidades de moda. Y de pronto, un torero excéntrico, ajeno al ecosistema oficial, se convierte en símbolo de resistencia. Nadie lo había

previsto. Y, sin embargo, su figura funciona como recordatorio de que el arte no puede reducirse a complacencia.

El accidente se vuelve más poderoso porque Morante no responde a los moldes habituales. No es un intelectual con tribuna, no es un político con partido, no es un agitador con programa. Es un torero. Y precisamente ahí radica su capacidad de conmoción: no entra en el juego de los discursos, no se somete al marco del debate.

Su gesto artístico lo desborda. Lo que ocurre en la plaza tiene más fuerza simbólica que cualquier manifiesto, porque aparece como experiencia irreductible, como prueba que no se puede anular con un *hashtag* ni con un decreto. La política legisla, los medios editorializan, las plataformas cancelan: y, sin embargo, un mulatazo largo sigue produciendo una emoción que ninguna institución puede impedir.

Morante representa, sin pretenderlo, el rechazo a la infantilización colectiva. El paternalismo que decide qué debe ver el ciudadano, qué libros debe leer, qué películas debe consumir, qué palabras debe pronunciar, se encuentra de pronto con una figura que encarna la libertad sin pedir autorización. Y esa libertad, que parece un anacronismo en un tiempo de tutelas, se revela como el gesto más contemporáneo de todos. La juventud no lo sigue por nostalgia, sino por hambre de autenticidad. Lo que parecía pasado resulta ser vanguardia.

Que este papel lo desempeñe un torero aumenta la ironía. Nada hay más incómodo para los administradores del presente que un arte condenado a la marginalidad se haya convertido en epicentro cultural. Morante no milita en contra de la cultura *woke*, pero su mera existencia demuestra sus límites. Si algo ha probado 2025 es que no hay dogma capaz de sofocar la conmoción de la belleza. Esa es la verdad que el accidente ha revelado.